sólo que rebajado a un grado tal de imbecilidad que, por lo que veo, es lo que hace tan asequible, para unos y para otros, su pasto diario. Pero ¿qué hacemos entonces con la verdadera y misteriosa imaginación infantil? ¿Tenemos derecho a aplastarla de una manera tan soez, por el simple hecho —muy a meditar— de que unos adultos, intencionalmente infantilizados, no hayan encontrado mayor manera de enriquecerse que ocasionando este empobrecimiento a marchas forzadas de lo que constituye —o debiera— el tesoro más tierno y el exponente más efectivo, en su día, de una nación, su infancia? Así considero que debe ser planteada una cuestión que, para mi manera de entender las cosas es, sin paliativo ninguno, de índole criminal. Temo que el daño esté lo suficientemente avanzado y, por tanto, hecho costumbre, para que esta apreciación mía suene en los oídos ajenos —en los de los padres particularmente—, a lo sumo como un exceso de celo, cuando no como una escrupulosidad de índole impertinente. Sabemos de sobra cuál es siempre la reacción de quienes se sienten los representantes del "orden", arrellanados en su prejuicio, en su insensibilidad, y hasta en su complicidad a veces, cuando un intruso cualquiera se atreve a enjuiciar, con fundada razón en mi caso, la marcha de las cosas, o digamos mejor, su estancamiento. Pero uno no habla en balde. Existen desconocidos, en distintos rincones de la tierra, quién sabe si también cerca de nosotros, para quien nuestra manera de enjuiciar, y de sobrecogernos, no necesito añadir que de indignarnos, les es afín.

Y la comunicación, tanto subterránea como aérea, que a ellos nos une, constituye el potencial energético que mantiene en actividad permanente, y como clandestina, la luz del espíritu.

Alguien me dijo un día, un polemista, fino y audaz, J. B.: "Acabaremos convirtiéndonos en unos solitarios que se lanzan señales a través de las distancias". Como los astros, pensé. Luces, señales, consignas, conjunciones. He aquí, pues, las mías. Me digo: ¿En qué queremos convertir un material imaginativo tan espléndido como es ese del que dispone misteriosamente la infancia? ¿En esas patrañas inmundas que les damos a leer y para entretenerse? ¿Así es cómo queremos que entretengan sus posibilidades, podándoles las alas de manera tan brutal, a hachazos? No se comprende. No sólo no se comprende, es que asombra. Incluso dejando aparte el lado moral de la cuestión, en su sólo aspecto físico. ¿Cómo comprender que se pueda tener empeño en disminuir en la criatura humana, de manera tan

flagrante, una capacidad cualquiera? No importa qué niño posee un mundo más recóndito, más enigmático que el de los que se han dedicado a ilustrarle su balbuceante inteligencia, incluído en esto el mismísimo Andersen. Más enigmático, con respecto a este último, en el sentido de su autencididad infantil, no en el de mayor interés estético.

No se sabe, pues, en nombre de qué inclinación mezquina, tratamos de menguar facultades a quien las posee y, a todas vistas, de deformar un mundo mental que, dejado a su propio instinto, constituye una incomparable máquina fabulosa. ¿Qué les ofrecemos nosotros a cambio? No ya los cuentos de mi niñez, que aunque también para adultos, disponían de esos personajes de la fantasía, como gnomos y hadas, que pertenecen evidentemente a la infancia de la humanidad, y que, por lo demás, se nos aparecen siempre prendidos en la frágil tela de araña del estilo literario; ahora, ni eso. La fantasía actual, burdamente cooperada con dibujos atroces, se ha emplebeyecido. Y no ofrece al sentimiento infantil más que truculencias prosaicas y brutalidades tiznadas de falso heroísmo: escorias del cine, remedo todavía más barato de lo que ven, las tardes de fiesta, proyectado, ruidosamente, en la pantalla: la barbarie. Es la faz de la barbarie y por si esto fuera poco, los domingos, la barbarie "en acción". Barbarie **civil** desde luego, que no en balde va impresa y fotografiada.

Lo más opuesto a la cultura analfabeta, que es lo propio del saber infantil y, si no lo del saber, de sus procedimientos para saber: sus métodos directos que participan por partes iguales de la ceguera poética y de la experimentación científica, un mundo vivo, completo y sin adulterar. Instintivo, desde luego, pero que en las profundidades de la tierra virgen, en el misterio de su ignorante persona, conserva siempre dormida, esperando que un toque exterior la despierte a sus funciones intelectuales, el alma sensible. Pero esta acción exterior debe ser efectivamente un toque natural, algo así como la llamada materna al niño que duerme y que necesita ser alimentado; esa dulce intromisión maternal para dar el pecho al hijo que se le quedó dormido. Así debiera ser de suave el despertar de la inteligencia desde la ensoñación del instinto. De suave y eficaz: de nutricia. No descarto la inconveniencia de que el manotazo pueda ser un poco más rudo, pero siempre que sea un manotazo, nunca una coz o un papelucho. Existen papeluchos para niños y papeluchos para niñas. Los de los primeros son, ya lo dijt-

mos, brutales; los destinados a las segundas, inevitablemente estúpidos. Se ve bien el modelo humano que pretenden imponer y lo que podríamos llamar la pareja ideal que se forja en sus antros. Por muchas concesiones que uno, en su afán de colaboración, estuviera dispuesto a permitirse. ¿Cómo aceptar que la brutalidad sea una premisa indispensable de lo viril y que toda mujer casta deba ser, forzosamente, ñoña? Pues eso es lo que se persigue, si es que se persigue algo que no sea ganancia en río revuelto.

Resulta curioso que habiendo pasado el hombre por la experiencia de haber sido un niño, sepa tan poco lo que eso es. Se hace uno adulto y se rompen las ligaduras con el pasado. Contamos y recordamos los detalles más superficiales de nuestra niñez, bien los titubeos de lo que será nuestra hombría posterior, o alguna travesura pintoresca que puede ser la más llamativa pero no la más reveladora de lo que fuimos: un todo minúsculo y sombrío cargado de misterioso combustible. Una especie de caos, llamémoslo, inocente. Un haz coherente de incoherencias vivas.

No, perdemos el contacto interior con lo que es ser un niño, y en gran parte por pereza mental, y en otra gran parte, porque nos hemos convertido en unos seres medio ficticios a quienes asusta cualquier amago de autenticidad, nos mantenemos, con respecto a nuestros hijos, a una distancia, que tal vez no sea menor que la que separa entre sí, en cuanto a incomprensión mutua, a dos especies distintas del reino animal, pongamos por caso el tan conocido de la cigarra y de la hormiga. Tan es esto así, que el hombre, desde el primer momento, trata de atraerse a su campo a aquel pequeño ser rebelde que, aunque repite sus rasgos físicos, parece responder por sus pensamientos anímicos, a unos impulsos originales que nos son extraños —o eso creemos al menos— y hasta nos ofenden. Y ¿cómo? Basándose en el mimetismo, en la imitación. Favoreciendo en el pequeño esa predisposición de la especie —de toda especie— a imitar, a remedar, a copiar; tratando de que el niño sea una parodia del hombre. Fijémonos en los juguetes con que obsequiamos y catequizamos a nuestros hijos. ¿No son todos, sin exclusión, cosas que pertenecen al mundo de los mayores? Sí, son las mismas cosas que forman parte del mundo de los mayores, sólo que presentadas en tamaños pequeños, disminuídas de extensión y de volumen, pero idénticas, y más idénticas cuanto más caras, a las que suelen ser de uso diario: un automóvil, un velero,

una pistola, una cocina completa. Juguetes para mayores, para que, por su tamaño y perfección, nos sintamos enternecidos del mismo modo que cuando vemos en un film las crías de los osos polares, los graciosos oseznos, moviéndose entre la torpe mole de sus padres, como verdaderos juguetes. Pero éste es el caso, que un niño no es un hombre pequeño, como nos gusta imaginar; es un ser extraño, con otras diversiones ignoradas que nosotros no sabemos comprender pero que deben tener sus causas y, desde luego, sus consecuencias. Démosle ese precioso cochecito que hemos ido a mostrarle, entre exclamaciones y encomios, en el centro de un escaparate repleto de objetos liliputienses. Ya veréis para qué lo destina y qué uso estrambótico hace de él. Se sentirá cirujano o desollador. Le hundirá los ojos a la muñeca de su hermana o se dedicará, sistemáticamente, a descabezar los soldaditos de plomo. Aquel mundo inerte carece de incentivo para él y como lo coaccionan, encerrándolo con esos trastos en una habitación, para que juegue, se desquita de su aburrimiento como un general vándalo con sus rehenes, destruyendo lo que, colmada su furia adquisitiva, no tiene ya valor para su necesidad vital. La madre acaba por guardar un juguete de precio que corre peligro y que sirve para que, en alguna ocasión, salga a relucir de un armario ante una visita, y se entretengan los mayores en darle cuerda y, retirando la alfombra, hacerlo funcionar cumpliendo entonces aquel falso juguete su finalidad propia, todo lo superflua que pueda parecernos. Ya que, tengámoslo en cuenta, los niños no juegan, viven. Viven eso que nos parece a nosotros, porque no lo comprendemos, jugar, pero que no es más que una manera muy recóndita, y a la vez despierta, excitada incluso, de vivir. Beaudelaire, en una breve prosa muy instructiva, nos presenta una escena infantil inolvidable. A través de la verja de una mansión, un niño con bucles, rodeado de juguetes suntuosos, está mirando a la calzada con una atención integral, con esa entrega completa a lo exterior que sólo los chicos parecen conocer. ¿Qué está mirando así, cautivado? A otro niño del arroyo, a un desarrapadillo que contrasta, de una manera hiriente, con el que lo mira, pero que ¡oh, prodigio!, arrastra de un cordel un juguete propio y cautivador, una creación insospechada, por lo menos para el niño que vive detrás de esa verja, en la mansión del jardín. Lo que viene siendo arrastrado por el golfillo, con el gesto satisfecho de quien, para sus improvisaciones, se basta a sí mismo, es una rata muerta. El caso no es tan especial como pudiera

parecer a simple vista y Beaudelaire no lo recoge como una especialidad sino como una "información". De hecho, cuando los hijos de la burguesía van al campo, suelen caer bajo el ascendiente de los chicos campesinos y no al contrario. Se comprende; los pequeños campesinos se crían abandonados a su propia suerte, en contacto directo con el terruño, y en constante evidencia de su capacidad de acción dentro de un horizonte rico como ninguno en hallazgos, vivos y misteriosos: "el campo traviesa". Los frutales, los pájaros, las aguas, los insectos, la investigación prístina, las habilidades del solitario, la libertad de criterio sometida a la sola disciplina natural que les impone la ruda experiencia, y luego de este avispamiento diario, un sueño cargado de electricidad. De ahí que esta sabiduría **rapaz**, tan de carne y hueso, y que a fuerza de ser natural resulta misteriosa, fascine al niño de la ciudad que, en vías de mecanización, asiste, mudo de admiración y de asombro, al espectáculo excitante de este tiranuelo de los campos que reina con liberalidad tan cruel sobre los grillos y las madrigueras y con mano tan audaz sobre la fruta del cercado ajeno. Pronto a este contacto vivificante se deshielan los convencionalismos ciudadanos, y la sangre infantil reconoce en el riesgo de estas operaciones **animadas** su verdadera línea de conducta: su juego serio. No un remedo de los mayores, no una **instrucción:** un aprendizaje. Lo que cuento ocurría aún, en nuestro país al menos, hará no más de cuarenta años. Sobreviven todavía, miserablemente, las pavesas de aquel prestigio analfabético. Luego, no es que haya llovido mucho, como se suele decir, pero los T.B.O. —no digamos el cine— han acabado a rajatabla, y técnicamente, con toda posible diferencia de clases desde el punto de vista mental, arrebatándoles a los chicos campesinos la hegemonía sobre los ciudadanos, de su imaginación espectacular, habilidosa. Hoy, unos y otros, adoran a los mismos ídolos, leen la misma **literatura**, comulgan en la forma abstracta de la misma barbarie y recortan para sus álbumes, o también para ser colocado junto a su lecho, el retrato del mismo ciclista. Del príncipe al peón. En eso ha venido a dar el igualitarismo. El cine de dibujos animados ha constituído el laboratorio más eficaz para la abolición progresiva de la niñez en lo que ésta tiene de inventiva y de originalidad. Hoy apenas hay niños en la acepción antigua; éstos han sido sustituídos por personitas que disponen de unas entendederas impropias de sus años, adulteradas. Están llenas de lógica que pretende ser pueril y piden que gane indefectiblemente el bueno sobre el malo, entendiendo por tal lo que no va más allá de una justicia rudimentaria, esto es, los puños, sólo que unido, y es lo que no comprendo, a un cierto humorcillo bobalicón que más parece propio de señoritas. ¿Qué bastardía es ésta? Un niño no ha sido nunca eso, es decir, no ha visto nunca las cosas así. Un niño es capaz de estrangular, por curiosidad, al gato que, recién nacido, pareció constituir su delicia. ¿Cómo puede aceptar, de no haber sido anestesiado convenientemente, esos reinos vegetal y animal de la pantalla, amañados como un minué, por más que los golpes intempestivos quieran representar aquí el papel de la pimienta? Naturaleza elaborada, como esos amoríos holliwoodescos entre ratones que huelen a cursilería. El fin de la infancia. No queremos decir con esto que los que dirigen entre bastidores la suerte de la humanidad, vivan indiferentes a las posibilidades de empleo oportuno que ofrece la niñez, y desconozcan el uso que se pueda sacar de sus planes, de la fechoría latente en toda ingenuidad infantil. Nada de esto; extraen, por el contrario, de su observación, los más provechosos beneficios con miras al futuro. Hacen entonces por desviar del gato la atención del niño, para dirigir toda su agresividad incipiente, pongamos por ejemplo sobre el indio americano, personaje absurdo e irreal para nuestros hijos y que, como el chino de las primitivas películas de aventuras, ha de cargar graciosamente sobre sus hombros, con las culpas más abyectas de la humanidad. El chico, alucinado con lo que le colocan delante, y que medio entiende, porque está en la línea de lo pasional, de lo oscuro y de lo arbitrario, cultiva contra el pobre indio desconocido que enciende su fogata a miles de kilómetros de tan inesperados adversarios, su odio ciego. Ya hombre, cuando ese fantasma lejano no le sirve de nada —el indio del T.B.O.— el accpio de odio estará sin usar, disponible, y es entonces cuando los que gobiernan la tierra se disponen a echar mano de esas preciosas reservas de potencial rencoroso acumulado durante la juventud, señalando a las multitudes, en el vacío que dejó al esfumarse el indio tipográfico, la aparición de un personaje real, llámese particular o público aquel contra quien se quiere descargar ahora la furia patria; y es el momento de ver cómo los hombres, abandonando el uso de su decorosa profesión, se lanzan, como jaurías, en la dirección que les señala, en cada momento, la brújula loca.

Y así va marchando la historia. ¡Ay! ¡Dichosos los manes de Tagore! Esa personalidad de ojos profundos y venerable con-

tinente que aún alcanzamos el tiempo de ver pasar sobre la tierra como una figuración antigua de lo hermoso, dedicó a los niños cuidados especiales, e hizo campaña nobilísima por despertar en su medio la preocupación, poética podríamos llamarla, por enseñar, por educar, por desarrollar más bien, lo que él creía que de misterioso y casi de cósmico alienta en los confines del alma infantil recién manifiesta. Proponía una enseñanza lírica, sin paredes en torno, en medio de jardines aromáticos, en los que la explicación profesional de un teorema, pudiera ser paralizada en un minuto de silencio, porque entre la umbría, un pájaro se hubiese puesto a cantar. Para adultos también, ya lo sé.

¡Pero qué pretensión tan distinta a la nuestra, qué **ideario** tal alto! Nosotros le ponemos el remoquete de sublime. Y para defendernos de caer en esas alturas, en esos delirios, en esa solemnidad hindú un tanto vegetativa, seguimos comprándoles a nuestros hijos, a la salida de la misa dominical el T.B.O.

JUAN GIL ALBERT.

Valencia, 1957.

SUMARIO

		Pág.
Arturo Capdevila	El testimonio zoológico de América y sus proyecciones nosológicas	201
Félix Esteban Cichero	Literatura y Ciencia	217
Fidelino de Figueiredo	Conocimiento histórico y conocimiento literario	232
José Liebermann	El poblamiento de Santa Cruz	242
Emiliano J. Mac Donnagh	La belleza de los peces	254
Dora Isella Russell	Montevideo y la generación argentina de Mayo	262
Arturo Vilela	Consideraciones sobre la biografía	283
Eino Roiha	Sobre los conceptos de tonalidad y atonalidad	295
Eugenio Donadoni	El sentimiento del infinito en la poesía leopardiana	301
F. E. Maffei y Estefanía Ragazzo	El hombre en Hesíodo	307
André Tanner	El problema del lenguaje	318
Ana E. Lahitte	Poesías infantiles	328
Carlos F. Ripamonte	Recalcando	331
Augusto Cortina	Cómo se explica un texto literario	334
Martha G. Lapalma	Aspectos pedagógicos	340
Gaston Viaud	La memoria y la imaginación humanas	343
Manuel Trigo Viera	Algunas apostillas educacionales	348
José Manuel Estrada	Hombres de la Revolución	353
Roberto J. Payró	Muerte de Solís	356
Juan María Gutiérrez	La literatura de Mayo	359
Galileo Galilei	La luna, rugosidades de su superficie	361
Emilio Carilla	Nota sobre la lengua del Lazarillo	363
Balbanera Raquel Enríquez	La sinéresis en nuestra lengua	369
Félix Restrepo	La enseñanza del castellano y la ortografía	374
Julián Motta Salas	Sobre la palabra "lapso"	380
Balbanera R. Enríquez	H. Percy Wilkins, Los misterios del tiempo y del espacio	385
Jorge W. Viera	W. J. Entwistle y E. Gillett, Historia de la literatura inglesa	388
Martha G. Lapalma	Lorenzo Luzuriaga, Antología Pedagógica	396
Héctor M. Rivera	Ruth Benedigt, El hombre y la cultura	400
La Redacción	Comentarios y extractos de Revistas	401
P. Teilhard de Chardin	La estructura filética del grupo humano	409
Mario C. Vitalone	Primeras jornadas de pedagogía asistencial	412
F. Suáiter Martínez	Motivos estéticos	421
Carlos A. Foglia	El arte abstracto	425
Arturo Marasso	La parte del azar	428
C. Arthaud y F. Hebert Stevens	Los indios de los Andes	429
Paul Coyderc	Valores espirituales de la Astronomía	430
Louis Baudin	Psicología de los indios	434
María Paseiro	Las escuelas de verano de Santiago de Chile	440
Juan Gil Albert	A mi sobrino J. para cuando sea mayor	441

IMPRIMIÓ DIRECCIÓN DE IMPRESIONES OFICIALES — LA PLATA

Igualdad ante la ley, tal es, a los ojos de Platón, la condición de toda vida pública. Es necesario también que las leyes sean buenas. Para mejorar en lo que dependía de él las legislaciones de su tiempo, Platón compuso un código ideal, el diálogo de las Leyes, *cuya influencia fué considerable. Las* Leyes *servían de guía a los discípulos que la Academia enviaba a diversos Estados, a su pedido, para ayudar a redactar sus constituciones. A través de las legislaciones helenísticas, todas inspiradas en las* Leyes, *el diálogo ha marcado los edictos de los pretores peregrinos de Roma y finalmente toda la ley romana, con los códigos modernos que de ella derivan. Así, una vez más, Platón sacrificaba el ideal absoluto a las necesidades prácticas para adoptar un «segundo partido». La ley no es el ideal; como el discurso escrito, lejos de su padre, no puede defenderse, está rígida, muerta, incapaz de adaptarse a los aspectos cambiantes de la vida: muchos críticos han notado expresiones semejantes en el* Fedro, *a propósito del discurso, y en el* Político, *a propósito de la ley. Y sin embargo, Platón ha escrito diálogos sin confiarles, dice, lo mejor de él mismo, ni liberar el fondo de su pensamiento sobre los grandes problemas de la metafísica; y asimismo, puesto que el soberano perfecto, que sería la ley viviente, ya no le parece posible, prefiere a lo arbitrario de una muchedumbre ciega, la obediencia de todos a las leyes de la ciudad.*

EDOUARD DES PLACES

Pindare et Platon, Beauchesne et ses fils, Paris.